Déjelo Ser Travieso, Pero...

NO hay nada en el mundo que cause más ternura, al contemplarse, que un pequeñín travieso dedicado a cualquiera de las mil tareas que su inquieta imaginación le ofrece.

Como es sabido y notorio el pequeño trata siempre de imitar todo aquello que ve hacer a los mayores, porque siente el deseo de ser, intuye la necesidad de irse adaptando a la vida que mira desenvolverse a su alrededor, y es así como en muchas ocasiones, sorprendemos a una coquetilla de dos o tres años de edad, sentada ante el tocador, complicado templo de la belleza de mamá.

Quedamos subyugados ante las ondulantes manecitas de la pequeñuela que dibujan arabescos en el aire, con esa gracia y coquetería congénita de la mujer, mientras la futura Cirse se pega la gran "pambaceada" entre poses cleopatrescas; atiborra al alborotado pelo de su cabecita graciosa con pasadores, clips y demás artificios, vaciándose, como toque final, media botella de Colonia. Saldo: polvos de arroz esparcidos por todos lados, "rouge" embarrado hasta en el espejo y grandes carcajadas de papá, si es éste el que atisba, y de gritos de desesperación de mamá si es ella quien hace el descubrimiento.

Muchas travesuras similares realizan cotidianamente los pequeños diabillos, que constituyen el problema eterno de los hogares y al mismo tiempo colman de felicidad a los progenitores, quienes descubren en cada diablura la inteligencia, el ingenio y demás atributos maravillosos que los amantes padres ven en sus hijos.

Aunque, natural y generalmente, los padres exageran los prodigios de sus respectivos niños, no por ello deja de ser cierto que la travesura es una manifestación de inteligencia



Este travieso y picaresco pimpollo sufrió quemaduras que pudieron ser graves. Actualmente está en vías de alivio en el Sanatorio de Traumatología del Instituto Mexicano del Seguro Social.

ciones del niño y determinar su carácter, su ingenio, su coeficiente mental, etc. Por lo tanto, no debe espantarnos la travesura en los niños y tampoco debe ser castigada con severidad, para no crear ningún complejo en el pequeño al impedirle una manifestación natural de su carácter.

Sin embargo, aunque es aconsejable dejar ser a los niños, y no crearles estados de inhibición, es muy importante, por otra parte, vigilar las condiciones que los rodean, para que el niño en sus juegos no ponga en peligro su salud y su vida.

La edad más peligrosa del infante radica en el período comprendido de los 2 a los 7 años de edad, pues es cuando está en plena evolución su mentalidad. Su instinto de in-

lizar las cosas más extravagantes.

Hace no muchos años, para evitar que hicieran travesuras, se llegaron a tomar medidas tales como amarrar de algún objeto pesado a los niños. Se les amarraba a su sillita, en las patas de las camas, se les inmovilizaba en sus camitas, etc. Hoy en día, afortunadamente para ellos y para la conciencia y tranquilidad de los padres, los procedimientos han variado, aunque sigue en pie la idea de que, evidentemente, es necesario proteger al niño de cualquier contingencia o peligro.

Las estadísticas acusan cifras aterradoras de mortalidad infantil por accidentes sufridos por los niños y esto es fácil de evitarse y remediarse si se tiene un poco de cuidado y se

ya sea dormido o despierto.

Si desea usted evitarse amargura de ver amenazad[a la] salud o la vida de sus pe[que]ñines, tenga usted prese[ntes] estas recomendaciones que permitimos hacer, no por[que] usted las ignore, sino com[o] recordatorio, para evitar [que] algún olvido de tan senc[illas] normas, se pueda converti[r en] algo sumamente desagrada[ble].

Cerciórese usted de que [no] queden al alcance del niño [ob]jetos punzantes, tales c[omo] agujas, alfileres, picahi[elo], plegaderas, tijeras, punz[ones], etc., pues existe un ele[vado] porcentaje de probabilid[ad] de que el niño se lesione [con] estos objetos.

Vea también que no p[ueda] tomar ningún instrumento [cor]tante tales como cuchillos